

Andrés Silva Humres

Lazarillo

(De un libro en preparación)



DESDE joven—acaso desde niño—
yo soy el lazarillo de mi verso.
Son sus cuencas sin ojos
las cañas de la música de adentro.

El canta sin saber a quién le canta.
Yo soy el lazarillo de mi verso.

Para inquietar su esencia
a los sitios más ásperos lo llevo:
en la taberna hostil
su voz impone un trémulo silencio.
En seguida se va como una sombra.

En agosto lo prendo
a la manga rosada, recién puesta,
de una rama de almendro.

Se queda allí esperando que terminen
de coser ese traje dominguero
y, dormido, sonríe entre los gérmenes.

Le enseño a amar: lo enredo
en la mano que oprime una limosna
o en la que se abre para enviar un beso.

Lo acerco a dos abismos:
después de transformarlo en el ligero
engaste de una lágrima,
lo hago saltar la mancha del Océano.

Lo empujo hasta el pecado,
lo martirizo en el remordimiento
y lo dejo en el cuello de una Cruz
como un collar de ruegos.

Cuando en la noche gimen las ausencias,
mi verso, retorciendo
con dolor sus antenas,
Se hace corona encima de los muertos.

Una vez lo dejé que fuese a Júpiter
y le puse dos ojos de muñeco.

Del planeta gigante
todavía en proceso
no previó la futura primavera
y se arrancó los ojos de muñeco.

Al mirarlo volver,
como vuelve maltrecho
por los tejados húmedos
el gato aventurero,
le dije: «Con millares
de aerolitos venidos de muy lejos
he levantado para ti un refugio
que parece caverna y será templo».

Y desde entonces vive
encerrado en pedazos de Universo,

Mas, cuando llegue el día
de mi partida, dejará su encierro.
A su vez él hará de lazarillo
para llevarme a Dios; irá primero
sin otra credencial
que la de ser . . . un verso.